

LA NEGOCIACIÓN DE LOS ESTADOS
NACIONALES, EL DEBATE
DE LAS CULTURAS NACIONALES:
PEASANT AND NATION
EN LA AMÉRICA LATINA DEL SIGLO XIX

John TUTINO
Georgetown University

EN LA HISTORIA DE AMÉRICA LATINA están ocurriendo cambios fundamentales. La perenne visión de sociedades forjadas por la conquista y regidas por el colonialismo y de su herencia hacia el siglo XX está cediendo ante una comprensión más matizada, de la cual el siglo XIX emerge como un periodo a la vez formador y en proceso de transformación. La independencia ya no se puede descalificar como un proceso que puso fin al régimen colonial sin producir cambios sociales y culturales significativos en las sociedades latinoamericanas. La creación de naciones y la difícil y conflictiva creación de culturas nacionales ya no pueden ser vistas como asuntos de élites gobernantes cuyos únicos competidores eran ellas mismas. Resulta muy limitada la historia de América Latina que concibe naciones dirigidas por oligarcas y eternos legados coloniales hasta enfrentarse en el siglo XX con la "modernización y movilización".

Las concepciones de la emergencia de la Latinoamérica moderna han cambiado durante la última década, y muchos han contribuido a repensar las historias nacionales. Ahora, *Peasant and Nation* de Florencia Mallon, a la vez ofrece y exige una nueva historia política.¹ Este innovador y desafiante análisis comparativo del juego de poderes internacionales, nacionales, regionales y comunitarios en

¹ MALLON, 1995.

México y Perú define y consolida la nueva historia. Quedan muchos aspectos esenciales abiertos a discusión y debate. Sin embargo, la historia política basada en las élites y en sus ideologías, aislada de las complejas sociedades por cuyo dominio lucharon, ya no puede regir la historia de la formación de América Latina.

Mallon demuestra que por más que las élites buscaban que la política y la formación del Estado fueran asuntos de unos pocos, vivían en constante interacción con las fuerzas populares. Por más que las élites y sus aliados políticos se esforzaban por mantener los monopolios de desarrollo y de diseminación ideológica, enfrentaban constantes conversaciones —y frecuentes disputas— con las culturas populares. Con *Peasant and Nation* la historia política aparece, en el sentido más amplio, como un campo de competencia y coalición entre clases y etnias por poder estatal, relaciones entre géneros y afirmaciones culturales. La historia nacional es el resultado de complejas interacciones —conflictos, negociaciones y conversaciones— entre distintas élites y fuerzas populares. Las historias del poder y de la cultura aparecen como inseparables, en constantes y complejas contiendas por forjar las sociedades nacionales.

Por supuesto que Mallon no está sola en el desarrollo de este nuevo acercamiento a la historia de las naciones latinoamericanas. Torcuato di Tella ha revelado nuevas complejidades en las competencias y coaliciones políticas de la nación mexicana incipiente. Demuestra que las fuerzas populares urbanas fueron participantes esenciales y frecuentemente movilizadas en las luchas por definir y gobernar la nueva nación.² Desde una perspectiva local, Alicia Hernández demuestra que la comunidad de Anenecuilco —que llevaría a Emiliano Zapata a la revolución de 1910— participó en los más importantes procesos políticos nacionales del siglo XIX.³ Con un enfoque regional, Ricardo

² Di Tella, 1994.

³ Véase Hernández Chávez, 1991, como continuación al trabajo iniciado por Sotelo Inclán, 1970.

Rendón Garcini explora a Tlaxcala durante el porfiriato, y demuestra que su aparente estabilidad política era una realidad limitada, una fachada construida frente a constantes disputas por tierras, trabajo e impuestos. Los poderes local, estatal y nacional se negociaban constantemente en polémicas con finales siempre inciertos. En la Tlaxcala porfirista las coaliciones populares locales fueron participantes centrales de complejos desarrollos que no pueden calificarse como política elitista.⁴ Y desde una perspectiva nacional, el amplio y a veces controversial análisis de François Xavier, Guerra sobre el régimen porfirista revela que la estabilidad política disimulaba las coaliciones en constante competencia entre élites nacionales, competidores regionales y comunidades populares.⁵

Los estudios de Guy Thomson sobre política liberal y comunidades rurales en la sierra de Puebla exploran muchos de los mismos asuntos y documentos que Mallon. Thomson ubica su trabajo en el contexto de la historia mexicana, mientras que Mallon busca un análisis comparativo más amplio. En muchos sentidos sus trabajos son complementarios, mientras que sus diferencias van a generar debates entre los mexicanistas por algún tiempo.⁶

Los trabajos históricos más recientes que enfatizan la complejidad de la formación del Estado en Latinoamérica en el siglo XIX no se limitan al estudio de México. Richard Graham hace varias contribuciones en su fino análisis del patronato sobre el que giraba la política imperial en Brasil. Un sistema nacional excepcionalmente estable en términos generales se veía constantemente rebatido en varios ambientes locales. Las elecciones importaban como teatro que ritualizaba el poder y las relaciones sociales, y como medidas de fuerza. No obstante, las más básicas construcciones y transformaciones del poder dependían de la acumulación local de recursos económicos, con base en seguidores que proporcionaban votos fieles y fuerzas militares. Graham abor-

⁴ RENDÓN GARCINI, 1993.

⁵ GUERRA, 1988.

⁶ THOMSON, 1990 y 1991; otro libro está por aparecer.

da la manera en que los agentes de poder locales negociaban coaliciones de amplitud estatal, que a su vez llevaban a las contiendas y alianzas por el poder nacional. Demuestra que la política del Brasil imperial sólo puede comprenderse por medio de una visión analítica que abarque desde el emperador y su gabinete, pasando por los funcionarios estatales y las élites locales involucradas en disputas de dominio, hasta sus negociaciones con el pueblo libre, cuyas conflictivas combinaciones de dependencia y lealtad eran la base de la jerarquía política. (Se podría agregar que la exploración de Graham, de un sistema patronal estable en el ambiente nacional aunque conflictuado —a menudo con violencia— en los contextos locales donde vive la mayoría de la gente, ofrece claves para comprender sistemas como el del régimen priista en el México del siglo XX.)⁷

Otros estudios recientes demuestran que las historias de las naciones latinoamericanas del siglo XIX deben integrar los análisis de los poderosos y de las mayorías campesinas, así como aspectos de política, producción, ideología y cultura. La reciente historia de Nils Jacobsen sobre el altiplano peruano durante el siglo XIX se coloca en una perspectiva tal que continúa y amplía el trabajo anterior de Mallon sobre Perú.⁸ Para Guatemala, el estudio de David McCreery sobre la sociedad campesina, desde finales de la época colonial hasta principios del siglo XX, toma un cariz similar.⁹

Las nuevas historias nacionales también parten de estudios de la América Latina colonial. Las historias coloniales siempre han incluido análisis de regímenes, sistemas de producción, relaciones sociales y conflictos y construcciones culturales. Casi todos los estudios coloniales enfatizan un aspecto u otro, aunque los mejores vinculan los análisis de poder estatal, relaciones sociales de producción y visiones culturales para producir complejos cuadros del orden colonial; tales son los casos de *Huarocharí* de Karen Spal-

⁷ GRAHAM, 1990.

⁸ JACOBSEN, 1993 y MALLON, 1983.

⁹ MCCREERY, 1994.

ding, *Maya Society under Colonial Rule* de Nancy Farriss y *El regreso de los dioses* de Marcello Carmagnani.¹⁰

En cuanto a México, el complejo análisis de Rodolfo Pastor sobre la Mixteca alta de Oaxaca en *Campesinos y reformas* ofrece una amplia historia que aborda desde la conquista, el siglo XVIII y la independencia hasta el triunfo liberal a mediados del siglo XIX. El trabajo de Pastor sobre poderes estatales, producción indígena y variables relaciones sociales aprovecha las perspectivas integradoras surgidas de los estudios coloniales para abordar el desarrollo nacional mexicano.¹¹

Mi propio análisis sobre las relaciones entre los cambios sociales en el campo a finales de la colonia y las insurrecciones independentistas surgió de estudios coloniales, y continuó con una exploración preliminar de las interacciones entre élites terratenientes y el campesinado desposeído en las pugnas decimonónicas por el desarrollo nacional.¹² Dicho trabajo y los estudios de Leticia Reina y otros demuestran que las bien conocidas insurrecciones campesinas de mediados del siglo XIX se dan en medio de pugnas entre élites por la definición y desarrollo del Estado nacional.¹³ Estos estudios hacen evidente que por más que las élites intentaran construir la historia nacional entre ellas, los grupos populares percibían lo que estaba en juego, tenían claros sus intereses y estaban dispuestos a expresar sus visiones —a menudo de la manera más asertiva.

Así, una variada historiografía nos ha llevado a comprender que una historia efectiva debe incorporar los interactuantes —y contrincantes— dominios de la producción, el poder estatal, las relaciones sociales y las construcciones culturales, desde las más poderosas élites hasta los más humildes campesinos.

Sin embargo, aun reconociendo la importancia de estudios antecedentes o paralelos, hay trabajos esenciales que

¹⁰ FARRIS, 1984; SPALDING, 1984, y CARMAGNANI, 1988.

¹¹ PASTOR, 1987.

¹² TUTINO, 1986.

¹³ REINA, 1980 y KATZ, 1988.

se basan en historiografía previa, crean perspectivas innovadoras y consolidan nuevas aproximaciones reorientadoras de nuestra comprensión de la historia. *Peasant and Nation* de Florencia Mallon es un libro así, y a medida que valoremos sus logros las historias nacionales de México y Latinoamérica irán cambiando, haciéndose más completas y complejas.

Al igual que la mayoría de los análisis transformadores, *Peasant and Nation* ofrece una combinación de información nueva, concepciones innovadoras, límites analíticos e interrogantes planteados aunque no resueltos. Lo que hace de éste un estudio excepcional es que las concepciones excepcionales por mucho a los límites y los interrogantes resultan transformadores. Mi meta aquí es esbozar los logros, indicar los límites y comenzar a explorar las preguntas generadas, a las que los historiadores de México y Latinoamérica buscarán responder durante muchos años.

El trabajo de Mallon comienza con una orientación fundamental: las fuerzas populares fueron participantes esenciales en la consolidación de los Estados y culturas nacionales en toda América Latina. De modo que en sociedades rurales como México y Perú los campesinos estaban activos en la competitiva creación de los nacionalismos emergentes. En la historia del siglo XIX, la construcción de naciones, cada una de las cuales requería un Estado y una cultura nacionales, no era —no podía ser— un monopolio elitista, sino el producto de negociaciones —en mayor o menor medida conflictivas y violentas— entre diversos grupos, desde las élites nacionales que luchaban por crear y consolidar Estados hasta los campesinos que trabajaban para mantener familias y comunidades.

Analizar procesos tan complejos requiere una selección de perspectivas y materiales de investigación. Mallon estudia dos regiones de México y dos de Perú en épocas en que los conflictos internacionales pusieron en tela de juicio los proyectos nacionales. No dirige su estudio ni a las élites nacionales ni a la mayoría campesina, sino que explora con más detalle el papel de las élites locales —Mallon las llama intelectuales campesinos— que establecían combinaciones de poder y dirigencia en las comunidades rurales mientras

negociaban con las élites regionales y nacionales en intrincadas relaciones de alianza y conflicto. Este enfoque destaca la complejidad de las relaciones entre campesinos y naciones, aunque deja tanto a la mayoría campesina como a las élites nacionales al margen del análisis. Dicha elección es el primer límite asumido en este revelador estudio.

La segunda elección fundamental de Mallon, también a la vez iluminadora y limitante, es la de las regiones de análisis. Para México selecciona Morelos y la sierra norte de Puebla. Ésta es una región de complejidad local y de importancia estratégica para la construcción del proyecto liberal y la derrota de los franceses a mediados del siglo XIX. Morelos también fue importante para el triunfo liberal, menos involucrado en los conflictos con el régimen francés, y sitio natal de la revolución zapatista de principios del siglo XX. Ambas eran comunidades regionales muy distintas y ninguna de ellas era “típica” de la mayor diversidad de México. Sin embargo, ambas revelan las pugnas de la construcción estatal y cultural del nacionalismo. Para Perú, Mallon se concentra en Junín y Cajamarca. El primero fue el sitio de su trabajo anterior sobre las comunidades del altiplano, sitio con el cual exploró el papel de las fuerzas populares en la creación de una sociedad nacional. También fue una región involucrada de manera esencial en la defensa de Perú contra la invasión chilena a finales del siglo XIX. Cajamarca ofrece un llamativo contraste: allí la movilización popular contra los chilenos fue mínima y la participación comunitaria en los debates de la nación fue limitada.

El trabajo iluminador de Mallon se basa en una investigación primaria de la participación —política, militar y cultural— de las élites locales en cuatro regiones que pugnan simultáneamente por la naturaleza de la nación y contra los invasores extranjeros. De ello resulta un análisis comparativo del polémico desarrollo de dos naciones —y de la nacionalidad en general— con revelaciones inesperadas. Establece de manera irrefutable que la historia política debe analizar la participación popular y las interacciones culturales para acercarse al entendimiento del desarrollo de Estados y culturas nacionales, y hace patente que las

regiones estudiadas no agotan la diversidad inherente al proceso de construcción nacional. Nos enfrentamos a nuevas complejidades de la historia decimonónica y a una necesidad de aprender mucho más.

Si bien el método analítico de Mallon es básicamente comparativo, el estudio de la sierra norte de Puebla constituye el eje del libro. Las comunidades de esta región desempeñaron papeles centrales en la consolidación del proyecto liberal en México y, mientras tanto, generaron una documentación excepcionalmente reveladora. Un extenso y detallado análisis de la sierra de Puebla define para Mallon el papel esencial de los campesinos en el proceso de construcción nacional, y otras regiones —tanto en México como en Perú— están vistas a la luz de sus logros.

La sierra de Puebla era una región social y políticamente compleja, donde las élites terratenientes tradicionales, en general de tendencias políticas y culturales conservadoras, dirigían grandes haciendas. En las décadas posteriores a la independencia, estas élites fueron enfrentadas por los emergentes liberales, en su mayoría comerciantes y profesionistas locales, tanto inmigrantes y criollos como mestizos. Durante las conflictivas décadas de mediados del siglo XIX, tanto liberales como conservadores de distintas tendencias necesitaban seguidores que los apoyaran y combatieran por ellos en las pugnas por la definición y control del Estado nacional. Muchas comunidades indígenas antiguas, aun terratenientes, se unieron a los conservadores en alianzas tradicionales sostenidas por una cultura religiosa común y por la disposición de los conservadores a permitir la propiedad comunal de tierras. Otras comunidades, en particular el pueblo de Xochiapulco, no sólo apoyaron a los liberales, sino que lucharon larga y tenazmente por su causa.

Xochiapulco se vuelve el eje del análisis de Mallon sobre el liberalismo mexicano. Lo reducido de este enfoque no constituye un problema: recordemos lo que hemos aprendido de los estudios de Anenecuilco y San José de Gracia.¹⁴

¹⁴ SOTELO INCLÁN, 1970; HERNÁNDEZ CHÁVEZ, 1991, y GONZÁLEZ Y GONZÁLEZ, 1968.

Mallon deja claro que Xochiapulco no es una comunidad típica de México y ni siquiera de la sierra, sino un pueblo que precisamente por su singularidad revela diversas posibilidades del proceso de construcción de Estado y desarrollo cultural en México.

Xochiapulco fue creado después de la independencia por residentes de las haciendas que se constituyeron en comunidad independiente y aprovecharon la época de distensión agraria —incertidumbre en la economía comercial estatal aunada al fortalecimiento de la producción campesina y ranchera— para exigir tierras, y la alianza con el caudillo liberal Juan Álvarez —dirigente liberal con poder nacional dispuesto a apoyar a los campesinos que buscaban autonomía territorial— garantizó su categoría comunitaria. Tales orígenes no eran únicos. Durante la época de distensión posterior a la independencia muchas haciendas de los altiplanos de México se derrumbaron económicamente y se convirtieron en comunidades independientes. Sin embargo, Xochiapulco fue la única con estos orígenes entre las comunidades políticamente activas de la sierra de Puebla a mediados del siglo XIX, y sus singulares orígenes locales aportaron un excepcional vínculo al movimiento liberal. Es en esta poderosa y por momentos volátil relación donde se centra gran parte del libro.

Las élites liberales promovieron en todo el país una ideología —originalmente importada aunque luego adaptada a México— dirigida a consolidar un Estado y cultura nacionales combinando reformas estructurales y culturales. En cuanto a las primeras, los liberales pugnaban porque la Iglesia se retirara de la política y de la economía y se privatizaran las tierras comunales. Las instituciones eclesiásticas perderían sus propiedades. Las tierras comunitarias de los campesinos se volverían propiedad privada, susceptible de venta, hipoteca y embargo. Se desarrollaría una sociedad secular orientada por el mercado y promovida por iniciativas culturales. La educación liberal buscaba una racionalidad secular. Las creencias religiosas tradicionales, sobre todo las de los campesinos más pobres, fueron tachadas de supersticiones. Los liberales buscaban una transfor-

mación radical de la vida en México. El Estado nacional, las comunidades campesinas y todo lo demás sería amoldado a la visión del mundo de los liberales mexicanos.

Las visiones de México de los conservadores y de los liberales entraron en conflicto dinámico a partir de la independencia. Ya habían debatido centralismo contra federalismo: aunque los conservadores tendían al centro y los liberales a las regiones, para mediados de siglo ambos habían encontrado que el poder centralizado era el camino hacia el triunfo político. Debatieron también el desarrollo de las exportaciones contra la industrialización local: los liberales apoyaban el comercio y los conservadores la industria, aunque a mediados de siglo ya estaba claro que la industrialización permanecería limitada y las concepciones económicas liberales aparecieron en los principales tratados conservadores.¹⁵ Debatieron el papel de la Iglesia en la vida nacional: en el clero los conservadores veían aliados y los liberales enemigos, aunque ambos acudían a la Iglesia en busca de recursos —los conservadores exigían apoyo y los liberales exacciones y más tarde expropiaciones. Y debatieron el papel de la mayoría campesina y de las comunidades rurales: los conservadores veían tradiciones que tendrían que dirigir; los liberales, estancamiento, superstición y explotación que tendrían que transformar a través de cambios estructurales —principalmente privatización de tierras— y culturales —en forma de educación.

Los crecientes conflictos por la nación mexicana se volvieron urgentes después de la calamitosa derrota en la guerra contra Estados Unidos en la década de 1840. Tuvieron consecuencias violentas en la revolución de Ayuda de 1855, que llevó a los liberales al poder nacional; en la guerra de reforma de 1858-1860, que fue el último desafío conservador a la preeminencia liberal en el país, y en la resistencia de 1862-1867 a la intervención francesa, que produjo la última caída de los conservadores y la consolidación de los liberales como única fuerza política de México.

¹⁵ PIMENTEL, 1995.

Durante esas décadas de conflictos constantes, aunque en el fondo transformadores, la combinación de guerras nacionales e internacionales por las más fundamentales decisiones de poder y cultura del país requirió la movilización en todos los frentes de gente dispuesta a combatir, matar e incluso morir por fuerzas contrincantes con visiones opuestas de la vida nacional futura de México. Desde el principio y de manera constante Xochiapulco mostró una disposición a combatir del lado liberal. Mallon detalla la participación de sus habitantes en las guerras de definición nacional y explora su participación activa en los debates por la naturaleza de la visión liberal. Lo más importante es que demuestra que mientras luchaban por la alianza nacional liberal también buscaban atraer a los liberales hacia las perspectivas comunitarias. Al fracasar esto los habitantes del pueblo desarrollaron y promovieron una visión alternativa que Mallon llama liberalismo comunitario.

El proceso histórico fue simultáneo e inherentemente cultural, político y militar. Xochiapulco y los campesinos aliados resultaron esenciales en la derrota liberal de los conservadores mexicanos a finales de la década de 1850, en el exitoso bloqueo a los franceses el 5 de mayo de 1862 y en la expulsión de los invasores en 1867. Durante los años de conflicto militar los habitantes del pueblo insistieron en que sus aliados de élite aceptaran su visión de liberalismo comunitario. Se negoció y los liberales accedieron, siempre y cuando pudieran contar con el apoyo del pueblo para luchar contra los enemigos conservadores y los invasores extranjeros.

Sin embargo, después de 1867, retirados los franceses y derrotados y humillados los conservadores, el régimen liberal encabezado por el presidente Benito Juárez estableció su plan ideológico: secularización política, privatización de tierras y educación para eliminar la "superstición" de la mayoría campesina. Los campesinos liberales de Xochiapulco exigían —esperaban— un compromiso con su visión comunitaria del liberalismo. Podían aceptar la privatización mientras que los habitantes del pueblo conservaran las tierras convertidas en propiedad privada. Se oponían a

cualquier proceso que colocara sus propiedades en un mercado donde no podrían competir con forasteros acaudalados. Exigían educación para que sus hijos pudieran enfrentar el futuro mundo liberal, aunque insistían en el control local. Rechazaban a los intrusos que llegaban a decirles lo que necesitaban. Muchos campesinos de la sierra que habían luchado por los liberales seguían siendo profundamente religiosos. Pretendían conservar las fiestas religiosas comunitarias realizadas cada año y rechazaban a los ideólogos liberales que intentaban bloquearlas y limitarlas a las iglesias. Los habitantes liberales de Xochiapulco se dieron cuenta de que a medida que los liberales nacionales dejaban de necesitar su fuerza armada para mantenerse en el poder, perdían interés en negociar el liberalismo. Las élites liberales, atrincheradas en el poder nacional, intentaban imponer transformaciones estructurales y culturales sin consultar a aquellos que tan arduamente habían combatido y tanto habían sacrificado para darles dicho poder.

Este creciente conflicto llevó a los liberales comunitarios de Xochiapulco a aliarse con Porfirio Díaz, su dirigente en la batalla contra los franceses, cuando desafió al presidente Benito Juárez en 1872, y luego a su sucesor Sebastián Lerdo de Tejada en 1876. Nuevamente los habitantes de Xochiapulco se volvían participantes esenciales en la construcción del Estado nacional. Llevado al poder nacional con el apoyo de los habitantes de la sierra en 1876, Porfirio Díaz disminuyó las presiones para que privatizaran sus tierras y dejó la política local y la cultura religiosa en manos locales. Con la consolidación del régimen de Porfirio Díaz los liberales comunitarios de Xochiapulco finalmente negociaron su lugar dentro de la nación liberal. Habían cambiado el liberalismo nacional en formas importantes, creando lugar para ellos mismos y manteniendo viva una cultura de liberalismo comunitario.

Mallon encuentra el patriarcado democrático en el centro del liberalismo comunitario. Los hombres de Xochiapulco construyeron una comunidad de amplia participación en la política local y vida cultural, y en la guardia nacional que or-

ganizó sus acciones militares en los conflictos nacionales. Las mujeres permanecían dependientes y a menudo excluidas. En tiempos de guerra los hombres “defendían” a las mujeres de los oponentes, quienes probablemente las veían como un botín. Las relaciones patriarcales que organizaban la política mexicana desde la capital nacional hasta la vida comunitaria son evidentes, aunque rara vez analizadas.

Que el patriarcado fuera democrático dentro de las comunidades locales es menos seguro. Las élites locales —los intelectuales campesinos de Mallon— construían culturas políticas que declaraban la existencia de una democracia local —entre los hombres del pueblo. Sin embargo, las mismas élites contaban con importantes poderes de gobierno, distribución de tierras y organización ritual dentro de las comunidades locales. ¿Eran vistos como representantes o como dirigentes por los campesinos que trabajaban la tierra, pagaban impuestos y combatían periódicamente en la guardia nacional local? ¿Tenían otra visión las mujeres de las familias campesinas, que criaban a los niños, trabajaban los jardines, atendían a los esposos y se convertían periódicamente en botines de guerra? Las fuentes de Mallon nos hacen llegar con cierta claridad las voces de las élites locales, mientras que revelan menos sobre las mayorías del pueblo. Nuevamente sus logros son sustanciales —y aún quedan preguntas centrales por resolver.

Morelos proporciona el segundo caso mexicano para explorar estas preguntas. Era una región muy diferente. La sierra norte de Puebla, aunque situada estratégicamente entre los altiplanos centrales y la costa, permaneció al margen de la vida económica mexicana durante toda la colonia y el siglo XIX. La cuenca de Morelos, semitropical y muy cercana a la ciudad de México, había alojado la principal industria azucarera del país desde que el conquistador Cortés percibió su potencial en el siglo XVI. Ésta era una región donde poderosas y productivas haciendas producían azúcar para el principal mercado nacional y exigían de los pueblos vecinos tierras, agua y mano de obra.

Así, Morelos fue una región clave del desarrollo colonial en los altiplanos. Después de la independencia surgieron

conflictos entre habitantes locales y haciendas azucareras: en un momento de incertidumbre económica e inestabilidad social, los hacendados exigían ganancias y los campesinos tierras y mejores condiciones de trabajo. La guerra contra Estados Unidos a finales de la década de 1840 ofreció una oportunidad para que los campesinos fortalecieran sus demandas. Después de la guerra encontraron protección en Juan Álvarez, un liberal, ante todo federalista, que había consolidado su poder en Guerrero defendiendo las tierras de los habitantes que lo apoyaban. En la década de 1850 buscó aliados para extender su poder por toda la nación.

Las guardias nacionales liberales de los pueblos de Morelos se volvieron fuerzas clave de la coalición que Álvarez llevó al poder en 1855. Sin embargo, casi tan pronto como tomaron la capital, la coalición liberal retiró a Álvarez de la dirigencia. ¿Estaría dispuesto a aliarse con los campesinos, y apoyar sus exigencias de tierras comunales, como en Xochiapulco y Morelos? Entre 1858-1860 mientras los guardias de Morelos combatían en las batallas liberales contra los conservadores, los dirigentes liberales legislaban contra sus derechos a tierras comunales e ignoraban sus exigencias locales. Los campesinos regresaron a Morelos decepcionados de sus aliados liberales.

Cuando las tropas francesas colocaron a Maximiliano de Habsburgo sobre un frágil trono en la ciudad de México, éste continuó la política liberal de privatización de tierras. Más tarde, abandonado por los ejércitos de Francia, el emperador impuesto buscó una base política mexicana al ofrecer apoyo a las exigencias campesinas de tierras comunales. Los habitantes de Morelos, sintonizados como siempre con los desarrollos nacionales que afectarían sus vidas, rápidamente pidieron sus propiedades de la manera más tradicional (unos años antes habían exigido derechos similares utilizando el lenguaje de los liberales). Pero Maximiliano podía legislar a favor de las comunidades rurales; no podía dejar de depender de la administración local de las élites terratenientes. Los habitantes de Morelos no obtuvieron ganancia alguna de la tardía atención del emperador a los intereses comunales.

Para los habitantes de Morelos fue decepcionante la experiencia de las cambiantes relaciones con los liberales —y con un emperador liberal respaldado por fieles conservadores. Después del triunfo liberal de 1867 vieron a los productores de azúcar negociar la creación del estado de Morelos y establecer su gobierno como herramienta de los intereses de los hacendados.¹⁶ Muchos campesinos apoyaron el ascenso de Porfirio Díaz al poder en 1876, y participaron nuevamente en los asuntos nacionales. Pero también Díaz pronto aprendió que para dominar Morelos había que complacer a los hacendados que dominaban su economía azucarera. Los habitantes de Morelos, al igual que los de la sierra de Puebla, participaron en la conflictiva construcción de la nación liberal a mediados del siglo XIX, y también se decepcionaron de sus aliados liberales, aunque los de Morelos parecen haber encontrado menos oportunidades de autonomía local. Mallon concluye que aún así desarrollaron y mantuvieron —clandestinamente o dentro de las comunidades— sus propias variantes de liberalismo comunitario, visión nacional que perduraría, se adaptaría y luego volvería a emerger en forma de zapatismo.

En cuanto a Perú, Mallon aborda primero la región de Junín en el valle de Mantaro a finales del siglo XIX, cuando los peruanos enfrentaban la ocupación del ejército chileno durante la guerra del Pacífico. Así como con la ocupación francesa en México, estaban en juego la misma existencia y naturaleza del Estado y nación peruanos. Y en el valle de Mantaro varios montoneros —guerrillas— establecidos en comunidades combatían contra los chilenos bajo el mando del nacionalista Andrés Cáceres, incluso mientras la mayoría de las élites terratenientes colaboraban con los invasores. Mallon describe en detalle una compleja situación en la cual las élites que pretendían dirigir el Estado nacional, se negaron a defenderlo, mientras que los campesinos, que serían sus súbditos, se enfrentaban a los chilenos invasores.

¹⁶ PITTMAN, 1989.

Aquella movilización popular para defender a la nación también estimuló las exigencias comunitarias de gobierno autónomo, tierras y otros recursos disputados con las élites locales y regionales. Los montoneros de Junín claramente encontraron una intersección de interés comunitario y nacional, que les permitió movilizar una fuerte y exitosa oposición contra los chilenos.

Sin embargo, una vez retirados los invasores, el dirigente nacionalista Cáceres se volvió contra sus aliados campesinos. Se unió a las élites terratenientes para restablecer el poder estatal, y les negó a quienes habían combatido contra los chilenos, la autonomía local y las tierras que consideraban su derecho y pago por defender a la nación. Nuevamente las fuerzas populares eran esenciales en el triunfo de un proyecto nacional, sólo para ser excluidas de la resultante coalición de gobierno y de sus beneficios.

La segunda región es Cajamarca, en el norte de Perú, y constituye un contraste. Allí las tradiciones comunitarias eran limitadas y relativamente débiles. La vida local estaba dirigida por élites terratenientes que incorporaban exitosamente a los campesinos en coaliciones de resistencia regional ante las intrusiones del Estado nacional. El resultado fue una resistencia local mínima ante los chilenos y un escaso desarrollo de nacionalismos alternativos basados en la comunidad.

Los cuatro casos aportan las siguientes conclusiones: las fuerzas populares eran participantes esenciales en los conflictos que definieron y consolidaron los Estados nacionales tanto en México como en Perú. Mientras estaban involucradas en estos conflictos las fuerzas campesinas exigían tierra y autonomía local para las comunidades rurales. Sin embargo, en ambos países, una vez derrotados los invasores, las élites nacionales buscaron excluir a las fuerzas populares de la participación política y construcción de la cultura nacional. Mallon es particularmente innovadora al detallar cómo las élites nacionales victoriosas, llevadas al poder por las fuerzas populares, comenzaron a concebir a los habitantes de las comunidades rurales como "otros" extraños e incluso bárbaros. Aquellos que habían luchado

por establecer las naciones eran considerados por las élites triunfantes como seres inferiores, incapaces de participar en la política y sin derecho a los beneficios materiales.

Mallon también observa diferencias esenciales entre la formación de las naciones mexicana y peruana. En México las fuerzas populares participaron en un largo y conflictivo proceso de construcción estatal y consolidación nacional entre las décadas de 1840-1870, y a pesar de los intentos de convertir a los campesinos en “otros” políticos y culturales después de la derrota de los franceses en 1862, en la década de 1870 Porfirio Díaz consolidó el Estado nacional en alianza con las fuerzas populares. Así, aunque a medida que perduraba su régimen, Díaz recurriera cada vez más a sus seguidores en las élites, los campesinos movilizados políticamente hallaron espacios para sobrevivir. Las fuerzas populares exigían un papel en la consolidación política del Estado mexicano y en la construcción cultural del nacionalismo, aunque sus exigencias fueran a menudo rechazadas. Mallon sostiene que dentro de sus comunidades mantenían visiones nacionales alternativas con énfasis en la autonomía local y en la disposición de tierra para los campesinos —visiones que reaparecieron para dirigir las facciones rurales en la revolución mexicana de 1910.

En Perú la movilización popular fue menor en extensión y duración. El Estado nacional consolidado con Pierola en la década de 1890 se alió estrechamente con las élites terratenientes, no con las fuerzas populares. Al comenzar el siglo XX la exclusión popular en Perú era prácticamente completa. No había opción de que las comunidades locales tuvieran proyectos nacionales populares y alternativos. Como resultado, Mallon concibe al México del siglo XX ya como una nación —con divisiones internas fundamentales—, mientras que Perú sigue siendo una sociedad definida por divisiones insalvables, sin siquiera una identidad nacional en conflicto. Así, al concluir el siglo XX, en México el Ejército Zapatista de Liberación Nacional intenta negociar una nación más democrática e inclusiva, mientras que en Perú Sendero Luminoso ataca las premisas mismas del proyecto nacional.

Estas historias regionales comparativas y las conclusiones que resultan son desafiantes, estimulantes y exigen una continua discusión y debate. Algunas de las conclusiones de Mallon parecen definitivas. Después de una cuidadosa lectura de *Peasant and Nation* es imposible negar la participación popular en la conflictiva construcción de los Estados y las culturas nacionales. Las premisas elitistas, ya sean de derecha —que los poderosos gobiernan para el bien común— o de izquierda —que esos pocos gobiernan en beneficio propio—, ya no pueden ser impuestas a la historia de la América Latina del siglo XIX. Mallon demuestra que distintas fuerzas populares se unieron en las esenciales pugnas por construir Estados y culturas nacionales en Latinoamérica. También enfatiza que las élites se esforzaron por negar, o por lo menos enmascarar, dicha participación. Los historiadores ya no deben permitir que las fuentes generadas por las élites impongan estas versiones, estas máscaras, a las historias de la América Latina moderna.

Estas conclusiones centrales son suficientes para sostener que *Peasant and Nation* es un análisis decisivo de la cultura política latinoamericana. Otros puntos son menos concluyentes, y llevarán a discusiones que prometen ser largas y difíciles, aunque en el fondo recompensantes. Pueden o no encaminarse en el sentido sugerido por Mallon.

Una pregunta llega al centro de la visión comparativa de Mallon. Ella sostiene que México y Perú tuvieron experiencias coloniales fundamentalmente similares; ambos habían alojado complejos Estados y civilizaciones prehispánicas; en ambos existió un virreinato colonial; ambos desarrollaron importantes industrias mineras durante la época colonial, y ambos mantuvieron el comercio y la minería injertándolos a las tolerantes economías y comunidades campesinas. Mallon plantea que si bien la historia de México y la de Perú comenzaron con legados coloniales comunes, durante el siglo XIX se desarrollaron por caminos divergentes.

Es posible hacer lecturas distintas de los colonialismos andino y mexicano. Se puede sostener que en México los pueblos, poderes, sistemas de producción y construc-

ciones culturales indígenas y europeos se combinaron mucho más, generando para finales de la colonia un complejo de nuevas síntesis socioculturales fundamentalmente mexicanas. Mientras tanto, la vida colonial andina mantuvo a los pueblos y culturas españolas e indígenas más separadas y divididas, de modo que la resistencia y rebelión andina del siglo XVIII contra los españoles utilizó imágenes arraigadas en el pasado prehispánico.¹⁷ Serge Gruzinski sostiene que en México, por el contrario, para el siglo XVIII incluso la heterodoxia religiosa local se expresaba en términos cristianos, y hacia finales de la época colonial, la imaginación de la gente había sido colonizada, o por lo menos reconstituida.¹⁸ ¿Se puede aplicar un argumento paralelo para el final de la colonia en Perú?

Un detallado análisis comparativo del poder y la cultura en el México y el Perú coloniales aclararía muchas cosas. Los resultados de un estudio tal podrían confirmar que las similitudes del colonialismo sobrepasan los contrastes. Aunque si éstos sugeridos por Gruzinski resultaran ser dominantes, entonces las diferencias identificadas por Mallon a finales del siglo XIX tendrían raíces en la época colonial. El primer siglo de independencia seguiría siendo importante, pero los desarrollos nacionales tendrían que analizarse en relación con legados coloniales diferentes.

Otra pregunta surge de las discusiones de Mallon sobre la participación popular en la construcción nacional. En México las fuerzas populares se relacionaron con un incipiente movimiento liberal que tomó control del Estado a mediados del siglo XIX, de modo que participaron en debates con definición ideológica por el poder estatal y la construcción cultural de la nación; Mallon le llama a esto liberalismo popular. En Junín, cuando las guerrillas populares se unen en la lucha contra los chilenos, Mallon los describe como caceristas. El movimiento nacional con el cual trataban las guerrillas estaba definido por el dirigente, no por un programa ideológico.

¹⁷ STERN, 1987 y FLORES GALINDO, 1993.

¹⁸ GRUZINSKI, 1993.

¿Por qué en México en la década de 1850 la política era profundamente ideológica, mientras que en Perú en la década de 1890 seguía siendo esencialmente personalista? El trabajo de Mallon, enfocado en las élites locales y regionales, demuestra la diferencia fundamental, aunque no puede explicarla. Abundan las posibilidades. ¿Se originaba el contraste en la diferenciación colonial, como se ha sugerido? ¿Se derivó de caminos opuestos hacia la independencia nacional? En Perú, a la sombra de los grandes levantamientos de Túpac Amaru y otros en el siglo XVIII, las élites virreinales en general se opusieron a la independencia, que llegó lenta y tardíamente por medio de la relación entre los intereses provinciales y los ejércitos invasores de San Martín y Bolívar. En México los primeros movimientos independentistas fueron dirigidos por personalidades regionales y sustentados por la insurrección masiva; y al ser derrotados los insurgentes radicales las élites criollas se aliaron con las fuerzas militares reales para imponer una independencia más conservadora, pero aún esencialmente mexicana. ¿Fue esa diferencia, aunada a desarrollos parecidos en los primeros años nacionales, la que produjo una política más ideológica en México? Estas son importantes preguntas que surgen del trabajo de Mallon y que exigen un análisis histórico comparativo.

Más al centro del trabajo de Mallon hay otro aspecto que requiere exploración. Ella aborda la política de la movilización en épocas de guerra internacional, en particular la resistencia mexicana contra los franceses en la década de 1860 y la guerra peruana contra los chilenos en la década de 1890. Pero para México la lucha contra los franceses fue el segundo gran conflicto internacional que puso a prueba a la nueva nación. El incipiente Estado se había enfrentado a Estados Unidos en la década de 1840 en una contienda difícil y básicamente desastrosa. ¿Por qué excluyó Mallon el análisis de los conflictos políticos y culturales de la movilización durante este enfrentamiento, tan importante para la definición de México como nación?

Una mirada preliminar a la política popular durante la guerra con Estados Unidos, a la luz de la posterior conso-

lidación de la política ideológica y poder liberal, coloca el trabajo de Mallon en un contexto nuevo y más complejo. Antes de la guerra la política mexicana estaba dominada por el conflicto de centralismo contra federalismo —poder nacional contra independencia de las provincias. Había discusiones y debates sobre la emergente visión que luego se convertiría en el liberalismo mexicano. Sin embargo, exceptuando los dos años del experimento de gobierno liberal en la década de 1830 —experimento fuertemente desafiado y rápidamente anulado—, antes de 1845 la política mexicana era regional, y a menudo personal, con muy variables perspectivas ideológicas.

La guerra contra Estados Unidos impuso una dura prueba a un Estado mexicano pobre, cuestionado y poco preparado para combatir en un conflicto internacional tan importante. Esta guerra cuestionó la existencia misma de una nación mexicana como concepto cultural. Mientras muchos dirigentes políticos movilizaron tropas y recursos para enfrentar a los estadounidenses, otros vislumbraron una oportunidad de imponer sus exigencias regionales o personales en un momento de crisis. Y mientras un Estado mexicano dividido luchaba por hacer frente a los ejércitos invasores, varios grupos indígenas y campesinos hallaron la oportunidad de rebelarse contra dicho Estado, o contra sus representantes regionales.

La guerra de castas en Yucatán, la insurrección de Sierra Gorda y las de Juchitán y del istmo de Tehuantepec se desarrollaron todas contra la intrusión de los poderes estatales —a menudo definidas por las políticas liberales emergentes— en las sociedades regionales, en particular en las comunidades indígenas.¹⁹ El objetivo de la resistencia campesina no era debilitar la mexicana ante Estados Unidos, aunque ése fue su efecto. Las insurrecciones regionales de la década de 1840 demostraron que en esa época grandes sectores de la población encontraban poca identificación con el Estado mexicano y el concepto nacional que promovía. Igualmente revelador es que fuera de las zonas de

¹⁹ Véanse TUTINO, 1986 y KATZ, 1988.

insurrección los pueblos indígenas en general ignoraron la guerra contra Estados Unidos. No surgió una nación mexicana para oponerse a la invasión que le costaría a México la mitad norte de su territorio, que aunque estaba escasamente poblado en la década de 1840, tenía recursos y potencial adecuados al mundo industrializado del siglo XIX.

Las élites e intelectuales mexicanos captaron en seguida el significado de la derrota, como lo ha demostrado Charles Hale.²⁰ Más allá de la pérdida territorial, se enfrentaron tanto con su fracaso en construir un estado sólido como con la ausencia de una identidad nacional, aunque fuera en forma de constructo debatido. En el ambiente de derrota y autoexamen posterior a la guerra que la política mexicana pasó de manera decisiva de los asuntos regionales y personales a una constitución ideológica —lo cual no quiere decir que las ambiciones personales y regionales desaparecieran. En los decisivos conflictos de la década de 1850 los liberales enfrentaron a los conservadores, movilizándolo suficiente poder para triunfar. Luego, en la década de 1860 los conservadores, desesperados por mantener el poder, se asociaron con extranjeros en un último intento que condujo a la invasión francesa. Esta segunda guerra de México contra un poderoso imperio del Atlántico norte no fue ocasión de importantes insurrecciones indígenas; y como demuestra Mallon, los campesinos de Xochiapulco, y quizás otros, se movilizaron para defender a la emergente nación liberal.

Esta narración preliminar sugiere que la derrota ante Estados Unidos —causada en parte por la debilidad de un concepto de nación que pudo haber movilizó pueblos indígenas y campesinos para defenderla— propició una definición ideológica de la política mexicana, que enfrentó a la ocupación francesa, la cual como demuestra Mallon, produjo a su vez estratégicos levantamientos campesinos para vencer a los invasores y defender la nación liberal, con una participación campesina activa en las disputas por la construcción cultural de la nación.

²⁰ HALE, 1968.

En Perú fue muy distinta la historia del conflicto internacional durante las décadas de surgimiento nacional. Sus guerras fueron contiendas menores contra sus vecinos latinoamericanos, costosas y desestabilizadoras, pero sin amenaza de pérdidas territoriales masivas ni intención de restablecer el dominio colonial. Además, Perú se enfrentó con oponentes que en general tenían sus mismas tradiciones políticas y culturales hispanoamericanas.

Las guerras decimonónicas de Perú amenazaron las dimensiones y existencia misma de la nación menos que los conflictos de México. Los mexicanos sufrieron dos invasiones por parte de naciones admiradas como dirigentes del emergente mundo liberal, democrático y capitalista. Entre las crisis de aquellas invasiones, ¿debatieron los mexicanos de manera más urgente la necesidad de incorporar aspectos del liberalismo que parecía hacer tan formidables a sus oponentes? ¿Fueron estas guerras más difíciles, contra adversarios más “liberales”, las que condujeron a los mexicanos hacia una política más ideológica y las que ayudaron por lo menos a algunas comunidades campesinas a definirse como parte de la nación en la década de 1860? Éstas son cuestiones fundamentales generadas por el análisis comparativo de Mallon.

Peasant and Nation ofrece una aproximación analítica para abordar dichas preguntas. Mallon concibe las culturas políticas en términos de hegemonías y contrahegemonías. Insiste de manera cuidadosa y precisa que hegemonía no es una situación de unidad sin oposición, de una única jerarquía de poder consolidada, formada por una visión cultural integral y compartida. Tal unicidad, concebida como unidad, consenso o falsa conciencia, es difícil de encontrar en el registro histórico, sobre todo en Latinoamérica. Por el contrario, la hegemonía aparece cuando los conflictos por el poder y el sentido giran en torno de cuestiones compartidas. Sigue habiendo divisiones, aunque limitadas. El conflicto está contenido, lo que permite a los distintos participantes presentar una fachada de unidad ante una fuerza oponente —invasores extranjeros, facciones en busca de poder nacional, etcétera.

La contrahegemonía sería una hegemonía alternativa y potencialmente competidora: puede ser una visión nacional contraria —liberales frente a conservadores— o puede desarrollarse en la lucha por la construcción nacional, entre oponentes basados en distintas clases. Éste es el punto de vista de Mallon. Enfatiza que dentro de la incipiente hegemonía liberal que se opuso a los franceses, los grupos campesinos como los de Xochiapulco aportaron el potencial para una contrahegemonía. Sostiene que mantuvieron una visión más igualitaria y comunitaria de la nación y del liberalismo. Estas fuerzas populares pudieron aliarse con los liberales nacionales, presentando un frente hegemónico ante conservadores y franceses sin abandonar, e incluso enfatizando, sus intereses alternativos —contrahegemónicos— dentro del más amplio discurso liberal. Y una vez derrotada la alianza conservadora-francesa la hegemonía liberal pudo debilitarse, incluso romperse, al imponer los liberales nacionales la secularización y privatización de tierras, mientras las comunidades exigían un lugar para sus culturas más religiosas y comunitarias. El planteamiento es revelador.

La conceptualización de Mallon tiene límites. Atiende a las élites locales, o intelectuales campesinos, quienes establecen y representan a las contrahegemonías comunitarias que exigen y defienden espacios dentro de la cultura política liberal del país. Sin embargo, Mallon tiende a presentar a las culturas políticas comunitarias como hegemonías establecidas, como expresiones relativamente unificadas —aunque patriarcales—, de visión e intereses comunes.

Prácticamente todos los dirigentes (¿gobernantes?) dicen representar, incluso personificar, a una población o comunidad más grande. Las élites liberales nacionales repetidamente hacían afirmaciones de este tipo, y Mallon demuestra que su dirigencia dependía de constantes negociaciones tanto políticas como culturales con distintas fuerzas —contrahegemonías— dentro de complejas alianzas nacionales construidas por aspiraciones a veces comunes y a veces opuestas. Presta menos atención al potencial contrahegemónico de las culturas políticas comunitarias, quizás por falta de fuentes.

No obstante, la historia mexicana sugiere que la vida política y cultural dentro de las comunidades campesinas era tan compleja y disputada como en la escala nacional. A lo largo de la historia las comunidades rurales han exigido una autonomía local que incluye varios componentes: gobierno propio —autonomía política—, tierras —autonomía ecológica— y vida ritual y religiosa independiente —autonomía cultural. Cuando las comunidades se movilizan para imponer sus necesidades o expresar su oposición a los poderes externos, su exigencia de autonomía parece —e incluso se vuelve— una expresión comunitaria unificada y hegemónica. Pero dentro de las comunidades siempre han existido complejas negociaciones y conflictos, quizás hasta contrahegemonías.

Las comunidades rurales mexicanas, fueran indígenas o mestizas, siempre han tenido estratificación interna. Unas pocas familias tenían las mejores tierras y dominaban el gobierno local. Las mayorías por lo general trabajaban las tierras medianamente adecuadas para la subsistencia. Y a medida que el crecimiento poblacional se enfrentaba con los límites a la propiedad durante los siglos XVIII-XIX emergieron y se expandieron las minorías desposeídas, que a veces se convirtieron en mayorías. Dentro de las comunidades estructuradas con estas desigualdades las élites locales han mostrado un gran interés por el gobierno autónomo, y las mayorías, que por lo general viven al margen de la subsistencia, se han concentrado en el acceso a tierras y agua. Las culturas comunitarias han actuado para integrar y negociar los intereses a veces comunes y a veces opuestos de las élites locales y las mayorías campesinas.

Mallon enfatiza que los vínculos patriarcales pueden servir para integrar los intereses de los hombres de la comunidad, desde las élites locales y los campesinos terratenientes hasta los desposeídos. Pero en muchos momentos y lugares permanecía el potencial de conflicto que podía separar a los poderosos del pueblo, con sus extensas tierras e intereses políticos, de las mayorías subordinadas, con sus luchas diarias por sobrevivir. Las hegemonías

comunitarias, que como detalla Mallon podían actuar como contrahegemonías regionales y nacionales, eran susceptibles a su vez de ser desafiadas por contrahegemonías internas. Al centrarse en los intelectuales campesinos, Mallon revela mucho sobre el potencial hegemónico de las culturas políticas de las comunidades. Al no explorar tanto las diarias luchas y discurso de la mayoría campesina, no puede ofrecer la misma comprensión de las oposiciones internas a esas mismas culturas comunitarias. Nuevamente, *Peasant and Nation* genera preguntas de las que los historiadores se ocuparán por algún tiempo.

Un último aspecto del análisis de Mallon produce interrogantes esenciales. Ella llama “liberalismo comunitario” a la cultura política alternativa de Xochiapulco. De manera más amplia, se refiere a los proyectos populares opuestos a las visiones elitistas como “nacionalismos populares” o “alternativos”. A lo largo de estas referencias Mallon sostiene que los grupos populares de las comunidades que se habían incorporado a las negociaciones políticas y culturales sobre la nación y Estado en México y Perú habían comenzado a considerar la nación —y en México también el liberalismo— como identidad primaria. Es cuidadosa al insistir que el nacionalismo y el liberalismo fueron reconstituidos por los grupos populares. No habían adoptado simplemente las visiones promovidas por las élites, sino que las habían adaptado y reformulado dentro de los contextos comunitarios opuestos a los de las élites regionales y nacionales.

En el caso de Xochiapulco estoy convencido de que el liberalismo, y por medio de éste el nacionalismo, se había integrado a los debates de la cultura comunitaria. Sin embargo, como enfatiza Mallon, Xochiapulco era una comunidad singular: en sus recientes orígenes a partir de una hacienda colonial; en su desarrollo político bajo la dirigencia de la familia Lucas, y en su constante participación en la política nacional del siglo XIX. Es posible que hubiera otras comunidades parecidas a Xochiapulco. Seguramente hubo otras que surgieron de haciendas durante el siglo XIX, unas políticamente inactivas, otras con

dirigentes locales.²¹ Otros Xochiapulcos esperan ser descubiertos.

Los habitantes de Morelos experimentaron una historia compartida por muchas otras comunidades mexicanas del siglo XIX. Allí luchaban por un gobierno autónomo, tierras para producción de subsistencia y trato y pago justos en los ingenios azucareros. Se aliaron al federalista Juan Álvarez mientras apoyó sus exigencias, se distanciaron de los liberales nacionales cuando dejaron de apoyarlos, hicieron peticiones al emperador Maximiliano cuando pareció que las cumpliría y trabajaron para Porfirio Díaz mientras parecía más colaborador. Está claro que los habitantes de Morelos comprendían los desarrollos político regional y nacional, y participaron en ellos de muchas maneras. Mientras estaban aliados con los liberales, los intelectuales locales de Morelos utilizaron el lenguaje liberal, y cuando se dirigían al emperador su discurso se volvía profundamente tradicional. Sospecho que en el fondo los habitantes de Morelos no eran ni liberales comunitarios ni tradicionalistas culturales, sino que perseguían intereses locales y desarrollaban culturas propias en interacción con las élites locales y familias campesinas. Mientras movilizaran grandes contingentes de apoyo comunitario las élites locales podían participar en los desarrollos político y cultural, regional y nacional. ¿Pero fueron alguna vez realmente “liberales” o “nacionalistas”, incluso de alguna determinada ideología campesina o popular? Yo lo dudo. Percibo que los habitantes locales mantenían tradiciones culturales más independientes, aunque utilizaban los distintos lenguajes nacionales e ideológicos para tratar con las élites gobernantes.

En el fondo, si bien me convence el énfasis de Mallon en que un análisis eficaz de la construcción nacional en América Latina debe examinar las interacciones entre élites nacionales, dirigentes regionales, intelectuales locales y campesinos, me mantengo escéptico en cuanto a la aparición de numerosas comunidades de “liberales comunitarios” o “nacionalistas campesinos” en el México —o Perú— rural. La

²¹ Véanse GONZÁLEZ Y GONZÁLEZ, 1968 y SCHRAYER, 1980.

reorientación que hace Mallon de la historia política parece esencialmente correcta, aunque sus conclusiones sobre las culturas políticas populares del siglo XIX siguen abiertas a debate. La doble importancia de *Peasant and Nation* es clara: este libro ha redefinido la historia política, generando a la vez preguntas que dirigirán la investigación y análisis por mucho tiempo.

A modo de conclusión quiero responder brevemente a la fuerte reacción de Tulio Halperin Donghi ante el estudio de Mallon. Estamos de acuerdo en la fuerza fundamental del trabajo: la importancia de las preguntas generadas y la calidad de la investigación emprendida para responderlas. También estamos de acuerdo en que el trabajo de Mallon está muy limitado por su establecimiento de pasados coloniales paralelos entre México y Perú, su falta de análisis respecto a la primera parte de la historia nacional de esos países y su escasa atención a la vida y cultura de las familias campesinas. Yo los percibo como límites inherentes al enfoque de *Peasant and Nation*: no socavan el trabajo presentado y sí generan preguntas fundamentales, que es una contribución esencial.

El cuestionamiento de Halperin va más allá de los límites de la investigación y de las conclusiones del libro. Él considera que el trabajo de Mallon refleja las tendencias de la cultura académica estadounidense de la generación que comenzó en la década de 1970 con los estudios materialistas de historia social, enmarcados a menudo como trabajos neomarxistas, y que más recientemente han incorporado variantes posmodernas y feministas en el desarrollo de una nueva historia cultural. Si bien Halperin enfatiza que el trabajo de Mallon está entre los mejores de su género, encuentra dicho género limitante. Sugiere que el neomarxismo siempre tuvo un limitado valor analítico, sobre todo en una sociedad que no ha tenido experiencias importantes en política marxista, como lo es la de Estados Unidos. Y sostiene que la nueva historia cultural, posmoderna y con visión de género, presta muy poca atención a aspectos tan básicos como la coerción en las relaciones de poder y culturas políticas.

Halperin, al igual que Mallon, genera importantes preguntas. Todo pensador está poderosamente influido por la sociedad y cultura en la que vive y trabaja. La larga y productiva vida profesional de Halperin, que ha abarcado desde Argentina hasta Europa y Estados Unidos, aporta una perspectiva única a su carrera académica. Sin duda el trabajo de Mallon está determinado por su formación en una particular generación académica estadounidense. Reconociendo esto, uno de los puntos fuertes de *Peasant and Nation* es la introducción en la cual advierte al lector, tan claramente como puede, las luchas conceptuales que la llevaron al análisis histórico que presenta. Podemos estar o no de acuerdo, total o parcialmente, con el enfoque analítico planteado por Mallon. La importancia de la introducción es precisamente que permite a los lectores críticos responder desde sus propias e inevitablemente diferentes perspectivas —como Halperin ha hecho de forma tan poderosa.

También yo pertenezco a la generación de latinoamericanistas estadounidenses a la que se refiere Halperin. Comencé en la década de 1970 con estudios socioeconómicos de enfoque materialista. Más recientemente he percibido la importancia de incorporar a mi trabajo el análisis de género y desarrollo cultural, aunque me he inspirado más en la antropología que en el posestructuralismo. Mientras que algunos han dado giros radicales en su cambio al análisis cultural, rechazando los factores materiales de la producción y coerción, y concibiendo los conflictos provocados por la cultura como los motores del cambio histórico, mi meta es una historia que integre los aspectos materiales de la producción, consumo y coerción con los factores contruidos culturalmente como género, etnicidad e identidad. Más que debatir la importancia relativa de las armas, alimento, trabajo, roles familiares e identidades nacionales y comunitarias, creo que debemos analizar sus interacciones. Y si bien el enfoque de Mallon en *Peasant and Nation* es más cultural y menos material de lo que yo hubiera elegido, su trabajo tiende hacia el planteamiento más integrador que busco.

Aquellos que ofrezcan análisis históricos deberían aclarar a sus lectores quiénes son, qué objetivos persiguen y a través de qué medios conceptuales piensan lograrlos. Los lectores podrán entonces reaccionar y formular sus propias conclusiones, precisamente como lo hizo Halperin con el libro de Mallon. Considero que es un logro de este trabajo que haya provocado una crítica tan seria y cuidadosa por parte de un académico de la talla de Halperin; quien cuestiona mi aserción de que con *Peasant and Nation* "comienza la nueva historia de América Latina". Supongo que no se tranquilizaría si supiera que la cita original era "la nueva historia política de América Latina comienza aquí". Sospecho, sin embargo, que su desacuerdo proviene de asumir que en *Peasant and Nation* percibo una nueva historia formulada de manera completa y exitosa. Mi énfasis es que con este trabajo la nueva historia "comienza". Mallon no ha resuelto muchos de los más importantes problemas que plantea —como insiste Halperin. Nos ha encaminado hacia nuevas comprensiones de la formación de Estado y construcción nacional, incorporando a las élites nacionales, agentes regionales y campesinos, e incluyendo a la vez el poder político y los enfrentamientos culturales. *Peasant and Nation* no es la respuesta final, sino un poderoso comienzo.

Traducción de Lucrecia Orensanz

REFERENCIAS

CARMAGNANI, Marcello

1988 *El regreso de los dioses*. México: Fondo de Cultura Económica.

DI TELLA, Torcuato

1994 *Política nacional y popular en México, 1820-1847*. México: Fondo de Cultura Económica.

FARRIS, Nancy M.

1984 *Maya Society under Colonial Rule*. Princeton: Princeton University Press.

- FLORES GALINDO, Alberto
1993 *Buscando un inca: identidad y utopía en los Andes*. México: Grijalbo.
- GONZÁLEZ Y GONZÁLEZ, Luis
1968 *Pueblo en velo: microhistoria de San José de Gracia*. México: El Colegio de México.
- GRAHAM, Richard
1990 *Patronage and Politics in Nineteenth-Century Brazil*. Stanford: Stanford University Press.
- GRUZINSKI, Serge
1993 *The Conquest of Mexico*. Cambridge: Polity Press.
- GUERRA, François-Xavier
1988 *México: del antiguo régimen a la revolución*. México: Fondo de Cultura Económica, 2 vols.
- HALE, Charles
1968 *Mexican Liberalism in the Age of Mora, 1821-1853*. New Haven: Yale University Press.
- HERNÁNDEZ CHÁVEZ, Alicia
1991 *Anenecuilco memoria y vida de un pueblo*. México: El Colegio de México.
- JACOBSEN, Nils
1993 *Mirages of Transition: The Peruvian Altiplano, 1780-1930*. Berkeley: University of California Press.
- KATZ, Friedrich (comp.)
1988 *Riot, Rebellion, and Revolution: Rural Social Conflict in Mexico*. Princeton: Princeton University Press.
- MALLON, Florencia
1983 *The Defense of Community in Peru's Central Highlands: Peasant Struggle and Capitalist Transition, 1860-1940*. Princeton: Princeton University Press.
1995 *Peasant and Nation: The Making of Post-Colonial Mexico and Peru*. Berkeley: University of California Press.
- MCCREERY, David
1994 *Rural Guatemala, 1760-1940*. Stanford: Stanford University Press.
- PASTOR, Rodolfo
1987 *Campesinos y reformas: la Mixteca, 1700-1856*. México: El Colegio de México.

- PIMENTEL, Francisco
 1995 *Dos obras de Francisco Pimentel*. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- PITTMAN, Dewitt Kennieth
 1989 *Hacendados, campesinos y políticos: las clases agrarias y la instalación del Estado oligárquico en México, 1869-1876*. México: Fondo de Cultura Económica.
- REINA, Leticia
 1980 *Las rebeliones campesinas en México, 1819-1906*. México: Siglo Veintiuno Editores.
- RENDÓN GARCINI, Ricardo
 1993 *El prosperato: Tlaxcala de 1885 a 1911*. México: Siglo Veintiuno Editores.
- SCHRYER, Frans J.
 1980 *The Rancheros of Pisaflores: The History of a Peasant Bourgeoisie in Twentieth-Century Mexico*. Toronto: University of Toronto Press.
- SOTELO INCLÁN, Jesús
 1970 *Raíz y razón de Zapata*. México: Comisión Federal de Electricidad.
- SPALDING, Karen
 1984 *Huarochiri: An Andean Society under Inca and Colonial Rule*. Stanford: Stanford University Press.
- STERN, Steve J. (comp.)
 1987 *Resistance, Rebellion, and Consciousness in the Andean Peasant World*. Madison: University of Wisconsin Press.
- THOMSON, Guy
 1990 "Bulwarks of Patriotic Liberalism: The National Guard, Philharmonic Corps, and Patriotic Juntas in Mexico, 1847-1888", en *Journal of Latin American Studies*, xxii: 1, pp. 31-68.
 1991 "Popular Aspects of Liberalism in Mexico, 1848-1888", en *Bulletin of Latin American Research*, x:3, pp. 265-292.
- TUTINO, John
 1986 *From Insurrection to Revolution in Mexico: Social Bases of Agrarian Violence, 1750-1940*. Princeton: Princeton University Press.